

culpables, á la seguridad de la república y por la concordia del gobierno. Se determinó que Saint-Just compusiese un informe sobre la situación de las cosas, propio á extinguir en apariencia los disentimientos y á demostrar á la república que la armonía mas completa se habia restablecido entre sus hombres. Se separaron con las apariencias de una reconciliación.

## LIBRO SESENTA.

Engañosa reconciliación.—Deliberación de los conjurados.—Los Jacobinos y los seccionarios toman á Robespierre por jefe y por bandera.—Síntomas de un nuevo 31 de mayo.—Primeros días de termidor.—Robespierre permanece separado.—Su peregrinación á la ermita de Juan Jacobo Rousseau.—El 7 termidor.—El 8 termidor.—Discurso de Robespierre en la Convención.—La asamblea rehúsa que se imprima.—Robespierre en el club de los Jacobinos.—Lee el discurso rechazado por la Convención.—Su testamento de muerte.—Agitación.—Manifestaciones tumultuosas.—Payan propone suprimir las comisiones.—Saint-Just en la comisión de salud pública.—Escena violenta.—Collot de Herbois y Saint-Just.—Los conjurados se preparan para la crisis del día siguiente.—Carta de Teresa Cabarrús á Tallien.—Respuesta de este.—Los diputados del centro indecisos.—Se dejan llevar por los conjurados.—9 termidor.—Los Jacobinos se preparan para los acontecimientos del día.—Coffinhal, Fleuriot, Payan, Henriot.—Sesión de la Convención.—Collot de Herbois presidente.—Saint-Just en la tribuna.—Tallien lo interrumpe.—Billaud Varennes denuncia los proyectos de los Jacobinos contra la asamblea.—Prolongada agitación.—Ataca á Robespierre.—Es vivamente aplaudido.—Robespierre se lanza á la tribuna.—Clamores de la Montaña.—Tallien quita la palabra á Robespierre y pide la prisión de Henriot y que la sesión sea permanente.—Estas proposiciones se votan por aclamación.—Barrere sube á la tribuna y se pronuncia contra Robespierre.—Vadier sigue á Barrere.—Robespierre no consigue hacerse oír.—Deja la tribuna.—Lo rechazan de todos los bancos.—Vociferaciones.—Tumulto.—Decreto de acusación contra Robespierre.—Participan de su suerte Robespierre el joven, Couthon, Saint-Just y Lebas.—Los acusados son conducidos á la barra.—Se suspende la sesión.—Se envían á la cárcel los acusados.—Ejecuciones del mismo día.—Ejecuciones del día anterior.—Roucher y Andrés Chenier.

## I.

Los síntomas de reconciliación que acababan de aparecer en la última entrevista de Robespierre y de la co-

mision de salud pública, eran engañosos. Apenas Fouché, Tallien, Barras, Freron, Bourdon, Legendre y sus amigos tuvieron conocimiento de aquellas tentativas de paz, conocieron que sus cabezas serian el precio de la concordia. «¿Entregadas nuestras cabezas, dijeron á Billaud Varennes, á Collot de Herbois y á Vadier, qué os quedará que defender? ¿Las vuestras? La tiranía no se disfrazó sino para acercaros sin ser aperebida. Cuando le hayais concedido las cabezas de vuestros únicos defensores en la Convencion, la ambicion de Robespierre se aumentará sobre nuestros cadáveres y os herirá con el arma que le hayais proporcionado.» Billaud Varennes, Collot de Herbois y Vadier eran demasiado ilustrados por su propio odio para no comprender estos peligros, y juraron que no se les concederia ninguna cabeza de la Convencion.

Las secretas entrevistas entre los representantes amenazados y los miembros de las dos comisiones fueron mas frecuentes y mas misteriosas. De dia se deliberaba y se conspiraba de noche. Se tramaba la pérdida de Robespierre á pocos pasos de su casa en la de Courtois, que era bastante animoso para facilitar su habitacion á los conjurados que le lisonjaban en querer suprimir en fin el terror.

## II.

Por su parte los confidentes de Robespierre le insinuaron que todo paso para reconciliarse era un lazo que las comisiones le armaban. «Ellos se humillan porque tiemblan, le decian; si tu solo silencio los ha reducido este abstenimiento, ¿qué será cuando te levantes para acusarlos? Pero si aceptas hoy la apariencia de una fingida reconciliacion con ellos, ¿de qué los acusarás si-

aparecer tú cómplice tambien? Si te conceden los mas insignificantes y los mas despreciables de tus enemigos, será para conservar á los mas temibles y á los mas malvados. Ofreceles el combate todos los dias desde la cima de la tribuna de los Jacobinos; si lo rehusan, su cobardia los deshonra y los acusa, y si lo aceptan el pueblo está de tu parte.»

Impaciente Saint-Just por las contemplaciones de Robespierre, salió por quinta vez para el ejército del Sambre y Mosa. «Voy á hacerme matar, dijo á Couthon. Los republicanos no tienen otro lugar que el sepulcro, esclamaba con frecuencia en los Jacobinos. La Convencion está sojuzgada por cuatro ó cinco malvados. Por lo que á mí hace, declaro que no me dominarán. Cuando dicen que Robespierre se debilita, pretenden tambien que yo estoy paralizado. Ellos verán que mi corazon tiene todas sus fuerzas.»

Los Jacobinos, los seccionarios, Payan, Fleuriot, Dobsenn, Coffinhal, sobre todo, Henriot y su estado mayor, hablaban en público de un ataque á mano armada contra la Convencion. «Si Robespierre no quiere ser nuestro gefe, decian en alta voz los hombres de la municipalidad, su nombre será nuestra bandera. ¡Es necesario violentar su desinterés ó la república prece! ¿Dónde está Danton? ¡Si viviera salvaria al pueblo! ¿Por qué es preciso que la virtud tenga mas escrupulo que la ambicion? El desinterés que pierde á la libertad es mas culpable que la ambicion que la salva. ¡Ojalá, añadieron, que Robespierre tuviese la sed de poder de que le acusan! La república tiene necesidad de un ambicioso, y él no es mas que un sabio!»

## III.

Aquellas proposiciones que resonaban continuamente en los oídos de Robespierre; la fermentacion creciente

de que era testigo en los Jacobinos; los informes de sus espías que seguían á tientas un complot tenebroso de la Convencion; los síntomas de otro 31 de mayo, que abiertamente se manifestaba en la municipalidad; el temor que la insurreccion, sin moderador y sin límites, no estallase por sí misma arrastrando á la Convencion que miraba como el único centro de la patria, determinaron en fin á Robespierre, no á obrar, sino á hablar. Quería mas dar el combate solo en la tribuna á riesgo de ser precipitado, que combatir á la cabeza del pueblo amotinado, esponiéndose á mutilar la representacion nacional. Solamente llamó en su auxilio á Saint-Just, su hermano y Lebas, para que lo asistiesen en la crisis ó para que muriesen con él.

Nada anunciaba alrededor de Robespierre un gran designio. A escepcion de cuatro ó cinco hombres del pueblo que llevaban armas ocultas bajo su ropa, que los Jacobinos habian encargado sin su noticia que le siguiesen y velasen por la seguridad de su vida, todo su aspecto era el del mas humilde ciudadano. Nunca habia afectado mas simplicidad y mas modestia en sus costumbres: de día en día se aislaba mas, pareciendo recogerse en los goces contemplativos de la naturaleza: sea para consultar como Numa el oráculo de la soledad, sea para saborear los últimos días de vida que su incierto destino le acordaba. No iba ya á las comisiones; rara vez á la Convencion y con inexactitud á los Jacobinos. Solo se abria su puerta á un reducido número de amigos. No escribía pero leía mucho. Parecia estar, no agobiado, sino cansado. Se hubiera dicho que se habia situado en aquel estado de reposo filosófico en que los hombres en vísperas de las grandes catástrofes, se ponen algunas veces para dejar obrar solo á su destino y ver venir los acontecimientos. Una espresion de desaliento entorpecía sus miradas, ordinariamente muy perspicaces y escrutadoras. El metal de su voz se habia endulzado tomando un

acento de tristeza. Evitaba encontrarse en su casa con las hijas de Duplay, y sobre todo, con la que debía unirse despues de aquellas tempestades: no hablaba ya de las perspectivas de una vida oscura en una union feliz en el campo. Veia que su horizonte se oscurecia á medida que se acortaba; habia demasiada sangre arrojada entre la dicha y él. Una dictadura terrible ó un impo- nente cadalso, eran las únicas imágenes en las que ya podia detener la consideracion. Trataba de distraerse de estas en los primeros días de termidor por las escursiones en las cercanías de París en compañía de algun confidente ó solo; estaba días enteros bajo las arboledas de Meudon, de Saint-Cloud ó de Viroflay. Se hubiera dicho que se alejaba de París, en donde rodaban las carretas de las víctimas, para poner distancia entre los remordimientos y él. Ordinariamente llevaba un libro, tal como Rousseau, Raynal, Bernardino de Saint-Pierre, ó poetas sentimentales, como Gesner ó Young: extraño contraste entre la dulzura de las imágenes, la serenidad de la naturaleza y la aspereza del alma. Tenia los ensueños y las contemplaciones de la teosofía en medio de las escenas de muerte y de las proserpciones de un Mario.

## IV.

Se dice que el 7 termidor, víspera del día en que Robespierre esperaba la llegada de Saint-Just, y en que habia resuelto jugar su vida por la restauracion de la república, fué por última vez á pasar el día en la ermita de Juan Jacobo Rousseau, en las cercanías del bosque de Montmorency. ¿Iba á buscar inspiraciones políticas bajo la sombra de los árboles, en las que su maestro habia escrito el *Contrato social*, este código de la democracia? ¿Iba á rendir homenaje al filósofo espiritua-

lista de una vida que iba á dar por su causa? Nadie lo sabe. Pasó, segun se dice, horas enteras apoyada la cabeza en sus manos y recostado en la tapia rústica que cierra aquel pequeño jardín. Su semblante tenia la contraccion del suplicio y la lividez de la muerte, y en él se leia la agonía del remordimiento, de la ambicion ó del desaliento. Robespierre tuvo tiempo para reunir en una sola mirada su pasado, su presente, la suerte de la república, el porvenir del pueblo y el suyo. Si murió de angustia, de arrepentimiento y de ansiedad, fué en aquella muda meditacion.

## V.

Una intencion recta al principio; una adhesion voluntaria al pueblo, que representaba á sus ojos la porcion oprimida de la humanidad; un atractivo apasionado por una revolucion que daba la libertad á los oprimidos, la igualdad á los humillados, la fraternidad á la familia humana, la razon á los cultos; algunos asiduos trabajos consagrados para hacerse digno de ser uno de los primeros trabajadores de aquella regeneracion; las humillaciones crueles sufridas con paciencia en su nombre, en su talento, en sus ideas y en su fama, para salir de la oscuridad en que le confinaban los nombres, los talentos y la superioridad de Mirabeau, de Barnave y de La Fayette; su popularidad conquistada palmo á palmo, y siempre destrozada por la calumnia; su retirada voluntaria en las filas mas oscuras del pueblo; su vida presa de todas las privaciones; su indigencia, que no le dejaba participar con su familia, mas indigente que él, sino el pedazo de pan que la nacion daba á sus representantes; su misma virtud levantada en acusacion contra él; su desinterés. llamado hipocresia por los que eran incapaces

de comprenderlo; el triunfo, en fin; un trono destronado; libertado el pueblo; su nombre asociado á la victoria y á las bendiciones de la multitud; pero al mismo tiempo la anarquía destrozando en el momento el reinado del pueblo; indignos rivales, tales como Hebert y Marat, disputándole la direccion de la revolucion y precipitándola en su ruina; una lucha criminal de venganzas y crueldades, estableciéndose entre sus rivales y él para disputarse el imperio de la opinion; algunos sacrificios culpables, hechos con repugnancia, pero hechos durante tres años por aquella popularidad que habia querido ser alimentada con sangre; la cabeza del rey pedida y obtenida; la de la reina; la de millares de vencidos, sacrificados despues del combate; los girondinos sacrificados á pesar de que estimaba á sus principales oradores; el mismo Danton, su mas orgulloso émulo; Camilo Desmoulin, su jóven discípulo, arrojados al pueblo por una sospecha para que no hubiese mas nombre que el suyo en boca de los patriotas; y en fin, el poder obtenido en la opinion, pero á condicion de reconquistarle sin cesar por nuevos sacrificios; el pueblo no queriendo tener en su supremo legislador mas que un acusador; las aspiraciones á la clemencia, rechazadas por la necesidad de inmolar toda via; una cabeza pedida ó entregada por la precision de cada dia; la victoria tal vez para el siguiente dia, pero sin determinar nada en el espíritu para consolidar y utilizar aquella misma victoria; las ideas confusas y contradictorias; el horror de la tiranía y la necesidad de la dictadura; los planes imaginarios, llenos del espíritu de la revolucion, pero sin organizacion para contenerlos, sin fuerza para hacerlos durar; palabras por instituciones; la virtud en sus labios y la sentencia en la mano; un pueblo febril; una Convencion servil; unas comisiones corrompidas; la república descansando en una sola cabeza; una vida odiosa; una muerte infructuosa; un nombre nefasto; el clamor de la sangre que no se apaga y que

se elevaria en la posteridad contra él: todos estos pensamientos asaltaron sin duda á Robespierre durante aquel exámen de su ambicion. No le quedaba ya mas que un recurso: este era ofrecerse como ejemplo á la república. Denunciar al mundo los hombres que corrompian la libertad; morir combatiéndolos y legar al pueblo, si no un gobierno, al menos una doctrina y un mártir. Evidentemente tuvo este último sueño; pero solo era un sueño. ¡La intencion era elevada, el valor grande; pero la víctima no era bastante pura para el sacrificio! Esta es la eterna desgracia de los hombres que han manchado su nombre en la sangre de sus semejantes, de no poder lavársela nunca sino con su propia sangre.

## VI.

Habiendo regresado del ejército Saint-Just, fué diferentes veces por la noche á conferenciar con Robespierre. Cansado de esperar, fué aun cubierto con el polvo del camino á la comision de salud pública. Un silencio taciturno y una curiosidad inquieta lo acogieron. Entró convencido que los ánimos eran irreconciliables y que los corazones abrigaban la muerte. Al siguiente día Saint-Just confirmó á Robespierre en la idea de dar el primer golpe. Por su parte las comisiones esperaban un ataque próximo: sus miembros se preparaban conociendo la importancia de la eleccion del presidente en una asamblea en que el que preside puede á su gusto sostener ó desarmar al orador. Hicieron subir á la presidencia de la Convencion á Collot de Herbois.

Robespierre volvió á leer y enmendó verosimilmente muchas veces su discurso. Al salir por la mañana se despidió de sus huéspedes con la cara mas conmovida que los otros días. Sus amigos Duplay, y las hijas de éste, se

agruparon á su alrededor vertiendo lágrimas. «Vais á correr grandes peligros hoy, le dijo Duplay, dejad que vuestros amigos os acompañen y llevar armas ocultas.— No, respondió Robespierre, estoy rodeado de un nombre y armado con los votos del pueblo. Por otra parte, la mayoría de la Convencion es pura: nada tengo que temer en medio de la representacion á la que nada quiero imponer sino inspirar solamente su salvacion.»

Se habia vestido con el mismo traje que habia llevado en la proclamacion del Ser Supremo. Afectaba en su persona la decencia que deseaba establecer en las costumbres, queriendo sin duda que el pueblo lo reconociese en aquel traje como su bandera viviente. Lebas, Couthon, Saint-Just y David fueron á la sesion antes que él. La Convencion estaba numerosa y las tribunas ocupadas por los Jacobinos. Al entrar, Robespierre pidió la palabra. Su presencia en la tribuna en un momento en que llevaba el secreto y la suerte de la situacion en sus ideas, era un acontecimiento. Sorprendidos los conjerados por su aparicion, se apresuraron á bajar de sus sitios para ir á advertir á los miembros de las comisiones y á sus amigos que estaban en los jardines y en las salas, para que ocupasen precipitadamente sus bancos. Un profundo silencio precedia las palabras. Las masas tenian inmensos presentimientos.

## VII.

En aquel momento, Robespierre parecia envolver con atencion su fisonomia en una nube, y contener la explosion de su pensamiento mudo hacia mucho tiempo. Revolvía lentamente su manuscrito en su mano derecha como si fuese un arma con la que iba á destruir á sus ene-

migos. También mostraba á sus colegas que habia reflexionado su ira y que sus palabras eran un designio. He aquí su discurso con alguna estension. Se sentiria no conocer palabras que encierran toda una situacion y que atrajeran por su efecto tan inminente cambio.

«Ciudadanos, dijo, otros os trazarán cuadros lisongeros: vengo solo á deciros algunas verdades útiles. No vengo á realizar terrores ridiculos esparcidos por la perfidia, pero quiero ahogar si es posible, la tea de la discordia por solo la fuerza de la verdad. Voy á defender ante vosotros vuestra autoridad ultrajada y la libertad violada. También me defenderé yo á mi mismo: de esto no os sorprendereis; vosotros no os pareceis á los tiranos que combatis. Los clamores de la inocencia ultrajada no importunan vuestro oído y no ignorais que esta causa no es enteramente estraña para vosotros.

«Las revoluciones que hasta aquí han cambiado la faz de los imperios, no han tenido por objeto sino el cambio de dinastía ó el paso del poder de uno al de muchos. La revolucion francesa es la primera que se ha fundado sobre la teoría de los derechos de la humanidad y sobre los principios de la justicia. Las otras revoluciones no exigian mas que ambición, la nuestra impone virtudes. La república se ha deslizado, por decirlo así, por medio de todas las facciones; pero ha encontrado su poder organizado alrededor de ella, y también no ha cesado de ser perseguida desde su nacimiento en la persona de todos los hombres de buena fé que combaten por ella.

«Los amigos de la libertad buscan destruir el poder de los tiranos por la fuerza de la verdad, los tiranos buscan destruir á los defensores de la libertad por la calumnia: dan el nombre de tiranía al ascendiente mismo de los principios de la verdad. Cuando este sistema ha podido prevalecer, la libertad se ha perdido; porque está en la naturaleza de las cosas que exista una influencia en todo en donde hay hombres reunidos; sea de la

tiranía ó de la razon. Cuando esta se proscribe como un crimen, la tiranía reina; cuando los buenos ciudadanos son condenados al silencio, es necesario que reinen los malvados.

«Aquí tengo necesidad de esplayar mi corazón y vosotros necesidad también de oír la verdad.

«¿Cuál es, pues, el fundamento de ese odioso sistema de terror y de calumnia contra mí? ¡Nosotros temibles á los patriotas! ¡Nosotros que los hemos arrancado de las manos de todas las facciones conjuradas contra ellos! ¡Nosotros que los disputamos todos los días, por así decirlo, á los hipócritas intrigantes que se atreven á oprimirlos aun! ¡Nosotros, temibles á la Convencion nacional! ¿Y qué somos sin ella? ¿Y quién ha defendido á la Convencion nacional con peligro de su vida? ¿Quién se ha sacrificado por su conservacion cuando execrables facciones conspiraban por su ruina á la faz de la Francia? ¿Quién se ha sacrificado por su gloria cuando los viles sostenedores de la tiranía predicaban en su nombre el ateísmo, cuando tantos otros guardaban un criminal silencio sobre las maldades de sus cómplices y parecían esperar la señal de la carnicería para bañarse en la sangre de los representantes del pueblo? ¿A quiénes estaban destinados los primeros golpes de los conjurados? ¿Cuáles eran las víctimas designadas por Chanette y por Ronsin? ¿A qué sitio debía marchar la banda de asesinos al abrir las cárceles? ¿Cuáles eran los objetos de las calumnias y de los atentados de los tiranos armados contra la república? ¿No hay mas que un puñal para nosotros, en el cargamento que la Inglaterra envía á Francia y á París? ¡Nosotros somos á quienes se asesina y somos nosotros á quienes se pinta como temibles! ¿Y cuáles son, pues, los grandes actos de severidad que se nos echa en cara? ¿Cuáles han sido las víctimas? Hebert, Ronsin, Chabot, Danton, Lacroix, Fabre de Eglantine y algunos otros cómplices. ¿Es su castigo el que se nos echa en cara? Nadie se atreve-

ria á intentarlo. ¡No, no hemos sido demasiado severos: yo atestiguo con la república que aun respira!

«¿Somos nosotros los que hemos sumido en los calabozos á los patriotas y sumido en el terror á todas las condiciones? Son los monstruos que hemos acusado. ¿Somos nosotros los que olvidando los crímenes de la aristocracia y protegiendo á los traidores, hemos declarado la guerra á los ciudadanos pacíficos, erigiendo en crimen ó en preocupaciones incurables á cosas indiferentes para mostrar en todas partes culpables, y convertir á la revolución terrible al pueblo? Son los monstruos que hemos asesinado. ¿Somos nosotros los que buscando opiniones antiguas, hemos descargado la cuchilla sobre la Asamblea nacional? Son los monstruos que hemos asesinado. ¿Se habrá olvidado ya que somos nosotros los que nos hemos interpuesto entre ellos y sus verdugos?

«Tal es, sin embargo, la base de esos proyectos de dictadura y de atentados contra la representación nacional. ¿Por qué fatalidad esta gran acusación ha sido llevada de golpe sobre uno de sus miembros? ¡Estrano proyecto de un hombre, empeñar á la Convención nacional á degollarse á sí misma en detalle por sus propias manos para abrirse el camino del poder absoluto! A otros queda percibir el lado ridículo de estas inculpaciones; á mí queda el ver su atrocidad. ¡Vosotros dareis al menos cuenta á la opinión pública de vuestra terrible perseverancia en perseguir el proyecto de degollar á todos los amigos de la patria, monstruos que buscáis arrebatarme el aprecio de la Convención nacional, el premio mas glorioso de los trabajos de un mortal, que he sido forzado á conquistar! ¡Aparecer un objeto de terror á los ojos de lo que se venera y de lo que se ama, es para un hombre sensible y probo el mas terrible suplicio! ¡Hacérselo sufrir es la mas terrible de las crueldades!

«En el seno de la Convención pretenden que la Montaña esta amenazada porque algunos miembros no se

sientan en esta parte de la sala creyéndose en peligro, y por interesarse en la misma causa de Convención nacional entera, han despertado súbitamente el negocio de los sesenta y dos diputados detenidos, y se me imputan todos estos acontecimientos que me son enteramente extraños. Se dice que yo quiero perder á la otra parte de la Convención nacional. Se me pinta aqui como el primer perseguidor de los sesenta y dos diputados detenidos, allí se me acusa por defenderlos.

«¡Ah! cuando á riesgo de herir la opinión pública yo arranqué solo á una decisión precipitada aquellos cuyas operaciones me hubieran conducido al cadalso si hubiesen triunfado; cuando en otras ocasiones yo me oponia á todo el furor de una facción hipócrita para reclamar los principios de la estricta equidad con respecto de los que solo habia juzgado con mas precipitación, estaba lejos sin duda de pensar que tuviese que dar cuenta de semejante conducta, pero aun estaba mas lejos de pensar aun que me acusasen de ser el verdugo de aquellos por quienes yo he llenado los deberes de la probidad y el enemigo de la representación nacional que he servido con adhesión.

«Sin embargo, la palabra *dictadura* tiene efectos mágicos. Marchita la libertad, envilece el gobierno, destruye la república, degrada todas las instituciones revolucionarias que se presentan como obra de un solo hombre; y dirige sobre un solo punto todos los odios y todos los puñales del fanatismo y de la aristocracia.

«¿Qué terrible uso no han hecho los enemigos de la república del solo nombre de una magistratura romana! Si su erudición nos ha sido tan fatal, ¿qué nos serian sus tesoros y sus intrigas? no hablo de sus ejércitos, pero séame permitido devolver al duque de York y á todos los esmeritores reales las patentes de esta dignidad ridicula que me han espedido los primeros. Hay demasiada insolencia en unos reyes que no están seguros de conservar sus coronas arrogarse el derecho de distribuirlas á otros.

«Me llaman tirano!... Si yo lo fuese se arrastrarian á mis pies, yo los colmaria de oro y les aseguraria el derecho de cometer todos los crímenes y se mostrarian reconocidos. Si yo lo fuese, los reyes que hemos vencido, lejos de denunciarme el tierno interes que toman por nuestra libertad, me prestarian su culpable apoyo; ¡yo transigir con ellos! ¿Se llega á la tirania por el socorro de los malvados? ¿A dónde van los que la combaten? Al sepulcro y á la inmortalidad, ¿Cuál es el tirano que me protege? ¿Cuál es la faccion á que pertenezco? A vosotros mismos. ¿Cuál es la faccion que desde el principio de la revolucion ha derribado y hecho desaparecer á tantos traidores acreditados? Vosotros, el pueblo, los principios. He ahí la faccion á la que yo pertenezco, y contra la cual se han conjurado todos los crímenes.

«La verdad, sin duda, tiene su poder, su ira y su despotismo; tiene acentos patéticos, terribles, que resuenan con fuerza tanto en los corazones puros como en las conciencias culpables, y que no es dado á la mentira imitar, como á Salmoneo imitar los rayos del cielo.

«¿Qué soy yo al que acusan? Un esclavo de la libertad, un mártir viviente de la república, la víctima y el enemigo del crimen; todos los pícaros me ultrajan; las acciones mas indiferentes, las mas legítimas para otros, son crímenes para mí; un hombre es calumniado desde que me conoce. A otros se les perdona sus maldades, y á mí se me hace un crimen por mi celo. Quitadme la conciencia y soy el mas desgraciado de los hombres.

«Cuando las víctimas de su perversidad se quejan, se escusan ellos diciendo: *Robespierre es quien lo quiere y nosotros no podemos remediarlo.* Los infames discípulos de Hebert tenian antes el mismo lenguaje en el tiempo que yo los denuncié; se llaman mis amigos y en seguida me han declarado convertido de moderantismo; todavía son la misma especie de contrarrevolucionarios que persiguen al patriotismo. ¿Hasta cuándo el honor de los ciu-

dadanos y la dignidad de la Convencion nacional han de estar á la merced de estos hombres? Pero la accion que acabo de citar no es mas que una parte del sistema de persecucion de que soy objeto. Desenvolviendo la acusacion de dictadura puesta al orden del dia por los tiranos, se han unido para achacarme todas sus iniquidades, todas las injusticias de la fortuna, y todos los rigores mandados para la salvacion de la patria. Han dicho á los nobles; *Solo él es quien os ha proscrito*; al mismo tiempo que dicen á los patriotas: *Quiere salvar á los nobles*; dicen á los sacerdotes; solo él es quien os persigue; sin él estariais pacíficos y triunfantes; dicen á los fanáticos: él es quien destruye la religion; dicen á los patriotas; él es quien lo ha ordenado, ó que no quiere impedirlo: me envian todas las quejas en que yo no puedo evitar las causas diciendo: *Vuestra suerte depende de él solo.* Algunos hombres apostados en los sitios publicos propagan todos los dias este sistema. Los hay en las sesiones del tribunal revolucionario, en los parages en que los enemigos de la patria espian sus maldades, y dicen: *Ved esos desgraciados sentenciados ¿Y por qué causa? por Robespierre.* Se han unido particularmente para probar que el tribunal revolucionario era un *tribunal de sangre* creado por mí solo, y que yo dominaba absolutamente para dominar á todas las gentes honradas y á todos los pícaros, porque quieren suscitarme enemigos de todas especies. Este clamor resuena en todas las cárceles.

«Han dicho á cada diputado que vuelve de una comision en los departamentos que yo solo habia provocado su llamada. Han informado fielmente á mis colegas de todo lo que he dicho y de todo lo que no he dicho. Cuando han formado toda esta tempestad de odios, de venganzas, de terror y de amor propio irritado, han creído que ya era tiempo de estallar. ¿Pero quiénes son estos calumniadores?

«Yo puedo responder que los autores de este plan de calumnia son desde luego el duque de York, Mr. Pitt y



todos los tiranos armados entre nosotros. ¿Y despues...? ¡Ah! Yo no me atrevo á nombrarlos en este instante y en este sitio, no puedo resolverme á descorrer el velo que cubre este profundo misterio de iniquidades: pero lo que puedo afirmar positivamente, es que entre los autores de esta trama están los agentes de este sistema de corrupcion y de estravagancia, el mas poderoso de todos los medios inventados por el estrangero para perder la república; están los apóstoles del ateismo y de la inmoralidad cuya base es.

«La tiranía no habia pedido á los hombres sino sus bienes y sus vidas; estos nos piden hasta nuestras conciencias: con una mano nos presentan todos los males y con la otra nos arrancan las esperanzas. El ateismo seguido de todos los crímenes, vierte sobre el pueblo el luto y la desesperacion, el desprecio y el oprobio. Una indignacion justa, comprimida por el terror, fermentaba sordamente en los corazones, una erupcion terrible, inevitable, fermentada en las entrañas del volcan, mientras que los filosofos jugaban estúpidamente sobre su crater con grandes malvades. Tal es la situacion de la república, que sea que el pueblo consintiese en sufrir la tiranía, sea que sacudiese violentamente el yugo, la libertad era igualmente perdida, porque por su reaccion, hubiese herido de muerte á la república y por su paciencia se hubiera hecho indigno. Asi, de todos los prodigios de nuestra revolucion, el que la posteridad concevirá mejor, será que hayamos podido librarnos de este peligro. ¡Eternas gracias os sean dadas, habeis salvado á la patria! Vuestro decreto de 18 floreal es por sí solo una revolucion: habeis herido con el mismo golpe al ateismo y el despotismo sacerdotal: habeis avanzado medio siglo la hora fatal de los tiranos: habeis unido á la causa de la revolucion á todos los corazones puros y generosos, la habeis mostrado al mundo en todo el brillo de celeste hermosura. ¡Oh dia para siempre afortunado en el que el pueblo

francés entero se levantó para rendir al Autor de la naturaleza el único homenaje digno de él! ¡Qué patética reunion de todos los objetos que puedan encantar las miradas y el corazon de los hombres! ¡Ser de los seres! ¡el dia en que el universo salido de tus poderosas manos, brilló con una luz mas agradable á tus ojos que el dia en que rompiendo el yugo del crimen y del error, compareció ante tí digno de tus miradas y de tus destinos!

«Este dia habia dejado en la Francia una impresion profunda de calma, de felicidad, de sabiduría y de bondad. Pero cuando el pueblo en presencia del cual todos los vicios particulares desaparecen, vuelve á sus hogares domésticos, los intrigantes reaparecen y vuelven á su papel de charlatanes. Desde aquella época se los ha visto agitarse con nueva audacia y buscar el castigo de los que habian desconcertado el mas peligroso de todos los complots. ¿Se creerá que en el seno de la alegría pública algunos hombres hayan respondido por acciones de furor á las tiernas aclamaciones del pueblo? ¿Se creerá que al presidente de la Convencion nacional, hablando al pueblo reunido se le insultase por ellos y que estos hombres fuesen representantes del pueblo?

«¿Qué se diria si los autores del complot de que acabo de hablar fuesen del número de los que han conducido á Danton, Fabre y Desmoulins al cadalso? ¡Cobardes! ¿Querian hacerme bajar al sepulcro con ignominia y que no dejase en la tierra sino la memoria de un tirano! ¡Con qué perfidia han abusado de mi buena fé! ¡Cómo fingen adoptar los principios de los buenos ciudadanos! ¡Cómo su fingida amistad parecia sincera y cariñosa! ¡De pronto sus facciones se han vuelto sombrías, y una feroz alegría brilló en sus ojos; este era el momento en que creian aseguradas sus medidas para confundirme! ¡En el dia de hoy me acarician de nuevo, su lenguaje es mas afectuoso que nunca: hace tres dias estaban dispuestos á denunciarme como un Catilina, en el dia me suponen las

virtudes de Catón. Aun les falta tiempo para combinar sus criminales tramas que no es otro su objeto! ¡Pero qué despreciables los medios que emplean! Juzgado por un solo rasgo: he sido momentáneamente encargado en ausencia de mis colegas de vigilar una secretaria de policía general reciente y débilmente organizada en la comisión de salud pública: mi corta gestión se ha limitado á provocar unas treinta disposiciones, sea para poner en libertad á patriotas perseguidos, sea para asegurar á algunos enemigos de la revolución. ¡Pues bien! ¿Se creerá que la sola palabra de *policia general* ha bastado para arrojar sobre mi cabeza la responsabilidad de las operaciones de la comisión de seguridad general, de las equivocaciones de algunas autoridades constituidas, y los crímenes de todos mis enemigos? Puede que no haya sido preso un individuo, vejado un ciudadano para que se diga de mí: *¡He ahí el autor de tus males, tú vivieras dichoso y libre si él no existiese.*

«Cómo podría yo relatar ó adivinar todas las imposturas que han sido clandestinamente insinuadas, sea en la Convención nacional, sea en otra parte, para hacerme odioso y temible? Me limitaba á decir que hace mas de seis semanas, la naturaleza y la fuerza de la calumnia, la impotencia de hacer el bien y detener el mal me ha obligado á abandonar absolutamente mis funciones de miembro de la comisión de salud pública y juro que para esto no he consultado mas que mi razón y la patria.

«Como quiera que sea, ved que hace seis semanas que mi dictadura ha espirado y que no he tenido ninguna influencia en el gobierno. ¿El patriotismo ha sido mas protegido? ¿Las facciones mas intimidadas? ¿La patria mas dichosa? Yo lo deseo. Pero mi influencia se ha limitado en todo tiempo á defender la causa de la patria ante la representación nacional y ante el tribunal de la razón pública: me ha sido permitido con las facciones que os amenazaban: he querido desarraigar el sistema de corrup-

ción y de desorden que antes habian establecido y que miro como el único obstáculo para el afianzamiento de la república. He pensado esto, no podia conseguirse sino en las eternas bases de la moral. Todo se ha ligado contra mí y contra los que participan los mismos principios. ¡Oh, yo les abandono mi vida sin sentimiento! Tengo la experiencia de lo pasado y veo el porvenir. ¿Qué amigo de la patria puede querer sobrevivir en el momento en que no sea permitido servir y defender la inocencia oprimida? ¿Por qué se ha de permanecer en un orden de cosas en que la intriga triunfa eternamente de la verdad, en que la justicia sea su homenaje, en que las mas viles pasiones ó los temores mas ridiculos ocupan en las corazonas la plaza de los sagrados intereses de la humanidad? ¿Cómo soportar el suplicio de ver la horrorosa sucesion de traidores mas ó menos hábiles para ocultar su hedionda alma bajo el velo de la virtud y aun de la amistad, pero que todos dejarán á la posteridad el trabajo de decidir cuál de los enemigos de mi pais fué el mas cobarde y el mas atroz? Viendo la multitud de vicios que el torrente de la revolución ha acarreado entremezclados con las virtudes cívicas, temo alguna vez, lo confieso, mancharme á los ojos de la posteridad por la inmediatecion impura de hombres perversos que se introducen entre los sinceros amigos de la humanidad, y me aplaudo en ver el furor de los Verres y los Catilinas de mi pais trazar una linea profunda de demarcacion entre ellos y todas las gentes honradas. He visto en la historia á todos los defensores de la libertad agobiados por la calumnia, pero sus opresores tambien han muerto. Los buenos y los malvados desaparecerán de la tierra, pero en diferentes condiciones. ¡Franceses, no sufráis que vuestros enemigos se atrevan á abatir vuestras almas y enervar vuestras virtudes por su desoladora doctrina!

«¡No, Chaumette, no, la muerte no es un sueño eterno!... Ciudadanos, borrarad de los sepulcros aquella máxi-

ma grabada por manos sacrilegas, que arroja un velo fúnebre sobre la naturaleza, que desanima a la inocencia oprimida y que insulta á la muerte. Grabad en su lugar esta otra: *La muerte es el principio de la inmortalidad.*

«He prometido hace algun tiempo, dejar un testamento temible á los opresores del pueblo, voy á publicarlo desde ahora con la independencia que conviene á la situacion en que me he colocado. Les lego la terrible verdad y la muerte.

«¿Por qué los que os decian no ha mucho: *os declaramos que marchamos sobre un volcan*, creen en el dia que marchan sobre rosas? Ayer creian en las conspiraciones, y yo declaro que las creo en estos momentos. Los que os dicen que la fundacion de la república es una empresa fácil, os engañan, ó por mejor decir, no pueden engañar á nadie. ¿A dónde están las instituciones sabias ó los planes de regeneracion que justifican este ambicioso lenguaje? ¿Pero qué digo! ¿No quieren proibir á los que los han preparado? Hoy los alaban porque se creen débiles, mañana los proibirán si se creen fuertes. Dentro de cuatro dias, dicen, se repararán las injusticias, ¿por qué las han cometido hace cuatro meses? ¿Y cómo los autores de nuestros males se corregirán ó se marcharán en cuatro dias? Se os habla mucho de vuestras victorias con lijereza académica que hace creer que no han costado á nuestros héroes ni sangre ni trabajos. Si las relatasen con menos pompa parecerian mas grandes. No será con frases retóricas ni aun con hazañas de guerreros con lo que subyugaremos la Europa, sino por la sabiduria de nuestras leyes, por la magestad de nuestras deliberaciones y por la grandeza de nuestro carácter. ¿Qué han hecho para convertir nuestros triunfos militares en beneficio de nuestros principios, para evitar los peligros de la victoria ó por asegurar sus frutos?

«Ved una parte del plan de conspiracion. ¿Y á quién es preciso imputar estos males? A nosotros mismos, á

nuestra cobarde debilidad con el crimen, á nuestro culpable abandono de los principios proclamados por nosotros mismos. No nos engañemos, fundar una inmensa república sobre las bases de la razon y de la igualdad, estrechar por un vigoroso lazo todas las partes de este inmenso imperio, no es una empresa que se puede acometer lijeramente: es la obra maestra de la virtud y de la razon. Todas las facciones nacen en tropel del seno de una grande revolucion. ¿Cómo reprimirlas si no sometéis sin cesar todas las pasiones á la justicia? No teneis otro garante de la libertad que la observacion rigurosa de los principios de moral universal que habeis proclamado. ¿Qué nos importa vencer á los reyes si somos vencidos por los vicios que atrae la tirania?

«Para mi, cuya existencia parece á los enemigos de mi pais un obstáculo á sus odiosos proyectos, consiento voluntariamente en sacrificársela si su funesto imperio debe durar aun. ¿Y quién podrá desear presenciar por mas tiempo esta horrorosa sucesion de traidores mas ó menos hábiles para ocultar su hedionda alma bajo la máscara de la virtud hasta que sus crímenes lleguen á sazón, ¿y que dejen á la posteridad el embarazo de decidir cual de los enemigos de mi patria fué el mas cobarde ó el mas atroz?

«¡Pueblo, ten presente que si en la república la justicia no reina con un imperio absoluto y que si esta palabra no significa el amor de la igualdad y de la patria, la libertad no es mas que una espresion vacia de sentido! ¡Pueblo, tú á quien temen, que adulan y que desprecian; tú, soberano reconocido, que tratan siempre como esclavo, acuérdate que en todas partes en que no impera la justicia, sino las pasiones de los magistrados que el pueblo ha cambiado de cadenas y no de destinos!

«Sabe que todo hombre que se levante para defender la causa de la moral pública será agobiado de insultos y proscripto por los picaros. Sabe que todo amigo de la li-

bertad será puesto entre el deber y la calumnia; que los que no puedan ser acusados de haber hecho traicion, serán acusados de ser ambiciosos; que la influencia de la probidad y de los principios se comparará á la fuerza de la tiranía y á la violencia de las facciones; que tu confianza y estimacion serán títulos de proscripcion para todos tus amigos; que los clamores del patriotismo oprimido se les llamará gritos de sediciosos y que no atreviéndose á atacarte en masa te proscribirán en detalle en las personas de todos los buenos ciudadanos hasta que los ambiciosos hayan organizado su tiranía. Tal es el imperio de los tiranos armados contra nosotros, tal es la influencia de su liga con todos los hombres corrompidos, siempre dispuestos á servirlos. Así, pues, los malvados nos insponen la ley de hacer traicion al pueblo á riesgo de ser llamado dictador. ¿Suscribiremos á esta ley? ¡No! ¡Defendamos al pueblo á riesgo de captarnos su estimacion, que vayan al cadalso por la senda del crimen, y nosotros por la de la virtud!»

## VIII.

Este estenso discurso, del que solo hemos reproducido lo principal, dejando todo lo que no era sino el pretesto de la situacion, fué escuchado con un respeto aparente que servia para ocultar los sentimientos y los semblantes. Nadie se atreveria á espresar un murmullo aislado contra la sabiduría y la autoridad de semejante hombre. Esperaban que un murmullo general resonase para unirse á él; principiario era perderse, cada uno temblaba en presencia de los demas. La hipocresia general de admiracion tenia la apariencia de una aprobacion unánime.

Robespierre fué á sentarse atravesando las filas de diputados que se inclinaban y que se esforzaban á son-

reir. Una prolongada vacilacion parecia que dominaba á la Convencion, no sabiendo si aplaudir ó indignarse.

Una sublevacion era empeñar el combate, un aplauso su servidumbre, el silencio sufría su irresolucion; una voz lo rompió.

Esta voz fué la de Lecointre, que pidió que el discurso de Robespierre fuese impreso. Esto equivalia á que lo aprobase la Convencion.

Aquella proposicion se iba á votar cuando Bourdon del Oise, que habia visto su nombre en todas las relicencias de Robespierre, y que conocia que ser audaz no le proscribiria mas, resolvió interrogar el valor ó la cobardia de sus colegas. Esperimentado en los síntomas de las grandes asambleas, el silencio de la Convencion le parecia un síntoma de libertad. Una palabra podia cambiarlo en sublevacion. Arrojar esta palabra en la Asambleas, era jugar su cabeza, y Bourdon la jugó

«Me opongo, esclamó, á que se imprima este discurso; contiene materias demasiado graves para ser examinado: puede encerrar errores como verdades. Está en la prudencia de la Convencion remitirlo al exámen de las comisiones de salud pública y de seguridad general.»

Ninguna esplosion resonó contra una objecion que el dia anterior habria parecido una blasfemia. El corazon de los conjurados se animó. Robespierre se admiró de su caída. Barrere lo miró y creyó que ninguna adulacion era mas compasiva que la que eleva el orgullo humillado. Sostuvo la impresion del discurso en términos que los dos partidos podian adoptar igualmente.

Couthon, animado por la defeccion de Barrere, pidió no solamente la impresion sino la remision á todos los ayuntamientos de la república, y aquella impresion triunfal, fué votada. La derrota de los enemigos de Robespierre se consumaba si no conseguian hacer retráctar el voto. Vadier se levanta y se sacrifica. Robespierre intenta cortar la palabra de Vadier, éste insiste. «Hablaré,» dijo con la